

LA BIBLIOTECA

PERIÓDICO CIENTÍFICO, LITERARIO Y ARTÍSTICO

SE PUBLICA ALTERNO

SUSCRIPCIÓN

1 peseta al mes en toda España.
3 trimestre.
6 semestre.
11 año.

Extranjero, 16 francos al año.
En provincias la suscripción es por trimestres.
Toda la correspondencia y giros al Administrador.

AÑO I

MADRID

NÚM. 2

17 de Enero de 1903.

OFICINAS

CALLE DE APODACA, 16, duplicado.—APARTADO núm. 293
Cuenta corriente en el «Crédit Lyonnais».
MADRID

EL PAVO DEL SEÑOR CURA

(CUENTO)

I

Llegamos al pueblo de X.
Después de cinco leguas de jornada, sin más descanso que uno, y forzado, debido á tener que atravesar un ancho río sin otro auxilio que una vieja barca, capaz para veinte personas, á cambio de los tres batallones que había de transportar, la tropa, no estaba para jolgorio; así que, apenas repartidas las boletas, quedaron las calles desiertas y cada cual fuese á su alojamiento á descansar de la jornada de aquel día.
A mi compañero Ramírez y á mí nos cupo en suerte la tranquila casa del mosén, como en Aragón suelen llamar al sacerdote, y tranquilos y satisfechos de nuestra vivienda provisional, apenas tomado un piscolavís, con que nos obsequió el ama del señor cura, solicitamos descanso. Un cuarto de hora más tarde, mi compañero y yo celebrábamos en un cuarto de planta baja y sobre el lecho, la ocurrencia del mosén al disponer unas camas que hubieran sido pesadilla de enanos toda vez que para acostarnos nos fué preciso el auxilio de una alta silla, sin la cual difícilmente hubiéramos efectuado la ascensión á aquella «pirámide de lana».
La noche, pues, no se presentaba mala, á juzgar por el silencio sepulcral que en el pueblo reinaba, y sobre todo porque á la fatiga del viaje había que agregar la blandura de un lecho sobre cuyo jergón de maíz descansaban seis ó siete colchones de lana.
Cesaron por tanto nuestras carcadas, y yo, dando un soplo al velón, dejaba la estancia á oscuras, á la vez que cortaba nuestros diálogos un «hasta mañana» dado por mí y repetido por el compañero Ramírez.

II

Una hora había transcurrido cuando, sin poder con tener más mi impaciencia, me incorporé sobre el lecho y dije con voz débil:
—¡Ramírez!...
—Te oigo, amigo mío—me repuso en el acto—y me atrevo á adelantarte lo que vas á decirme: que no duermes ¿verdad?
—Lo has adivinado, chico. No puedo conciliar el sueño por más esfuerzos que hago. ¡Ese pavo maldito!...
—Lo mismo me sucede á mí. Llevo más de una hora escuchando el *clo, clo*, de ese animalito que Dios confunda, y no es posible que durmamos, á menos que se te ocurra alguna idea para quitarlo del medio.
—Hombre, se me ocurre una,—dije á mi compañero, encendiendo la luz,—sacarlo de ese jaulón en que han metido al animal, y echarlo por esa ventana; seguramente dará al corral...
—Sí; pero eso ofrece inconvenientes—repuso Ramírez.—Primero, que en el mes de Diciembre las noches no son á propósito para que nadie duerma al sereno, y segundo, que sospecharían nuestra inhumanidad, puesto que el pavo por sí solo...
—Llevas razón—le repliqué,—dispuesto á resignarme oyendo aquel sonsonete toda la noche.
—¡Ah! ya he dado en el medio más fácil—dijo mi compañero con júbilo, y poniéndose de un brinco en medio de la habitación.
—Podemos deshacernos de este alborotador de una manera bien sencilla; ¿tienes fósforos?
—En abundancia; ¿pero qué intentas?
—No me preguntes nada; dámelos.
Serví á Ramírez, y observé su maniobra; sacó un pedazo de pan que descortezó, y después fué arrancando una por una todas las cabezas de los fósforos que le entregué.

—¿Proyectas envenenarte, acaso?—le interrogué en tono humorístico.

—Proyecto un envenenamiento—dijo en tono grave—pero no contra mí, sino contra ese bicho del demonio.

—¡Hombre, por Dios! considera que eso es un crimen—le repliqué alarmado.

—Pues será criminal, amigo mío, pero dormiré tranquilo. ¡Ea! no me interrumpas. ¿Ves esta bola? Pues es nuestra tranquilidad para toda la noche... Después adivina de qué murió...

—Pero...

Ramírez no escuchó nada; se aproximó al jaulón, y el pavo no tardó ni dos segundos en engullirse aquella bola que encerraba su muerte.

III

Las cornetas anunciaban el nuevo día con su toque de diana.

Pero tan destemplado y lluvioso, que el jefe de la fuerza hubo de suspender la jornada proyectada para aquel día.

Si contrariaría á mi compañero Ramírez la lluvia torrencial que azotaba los cristales, que apenas puso pie en el suelo y vió de cuerpo presente al alborotador del jaulón, me dijo contristado:

—Nos ha perdido esta lluvia, amigo; impide la marcha de la fuerza, y tendremos, por tanto, que presenciar las lamentaciones del señor cura, por muerte tan inesperada, y quién sabe si hasta los lloros de su ama...

—Y las recriminaciones de los dos—repuse interrumpiéndole—porque harán la autopsia al cadáver y verán...

—Que vean lo que quieran; ¡ea!—dijo resueltamente Ramírez.—Vámonos á la calle; á la hora de almorzar volveremos tranquilamente, y ya habrán dado sepultura al cadáver. Después de todo no es ninguna

cosa extraña que un pavo se muera... de repente.

Salimos, pues, y recorrimos el pueblo hasta la hora de almorzar.

Confieso ingenuamente, que al entrar en casa de D. Prudencio, cuyo era el nombre del mosén, sentí cierto temblor recordando la noche del atrevido y premeditado envenenamiento.

Nuestra sorpresa no fué pequeña al ver el cariñoso recibimiento de don Prudencio, y la amable sonrisa con que nos brindaba asiento su vieja ama.

Con una mirada interrogué á Ramírez lo que podría haber ocurrido, y éste, pretextando no sé qué urgencia, levantóse y fué á nuestro dormitorio, del que volvió en seguida y me dijo al oído:

—El cadáver ha desaparecido del jaulón.

—Lo habrán enterrado—pensé—y no han dado importancia alguna al hecho; tanto mejor.

Pusimos á comer tranquilamente, y durante la comida reinó la mayor animación, sin duda por la abundancia del vino y los platos suculentos.

Después de los postres, la bonachona ama de don Prudencio sacó una botella de un exquisito licor de la tierra, según dijo, y llenadas las copas, Ramírez, dado á brindis y charlatán de suyo, nos espetó un discurso alusivo que duró cerca de un cuarto de hora.

Tuve necesidad de corresponder á instancias de don Prudencio, y chocando mi copa, dije en tono alegre:

—Brindo por el anfitrión que tan soberbiamente nos ha tratado.

A lo cual contestó D. Prudencio en tono sencillo y disponiéndose á apurar su copa.

—Gracias por vuestras bondades, que agradezco, y brindo (dispensen mi brindis, pero suelo hacer muy malas digestiones), brindo, pues, por la buena digestión de todos...

—Amén—repusimos Ramírez y yo.

En aquel momento apareció el ama de D. Prudencio, la cual sin duda había escuchado el brindis de su

ABAS

— 8 —

ABAT

Abarquillado, p. p. de abarquillar. Lo que tiene forma de barquillo.
Abarquilladura, f. *Abarquillamiento*.
Abarquillamiento, m. Acción y efecto de abarquillarse.
Abarquillar, a. Dar forma de barquillo á un objeto || Tomar forma de barquillo.
Abarracar, a. Guarecerse en barracas.
Abarrado, da, adj. Barrado.
Abarragado, p. p. Abarragano.
Abarraganamiento, adv. Amancebamiento.
Abarragano, a. Dar á una tela la consistencia del barragán.
Abarragarse, s. c. Amancebarse.
Abarramiento, m. ant. Acción y efecto de abarrar.
Abarrancadero, m. Lugar de donde es difícil hallar salida || Asunto de solución laboriosa.
Abarrancamiento, m. Acción y efecto de abarrancar.
Abarrancar, a. Hacer barrancos || Meterse en un barranco || n. mar. *Varar* || s. c. Meterse en un atolladero || fig. Entrar en un negocio difícil || Mar. *Vararse* un barco.
Abarrar, a. ant. Lanzar con violencia una cosa sobre otra de mayor dureza.
Abarras, m. ant. Albarras.
Abarredera, f. ant. Escoba || Objeto destinado á barrer ó limpiar.
Abarrera, f. Regatorrera.
Abarrisco, adv. m. Atropelladamente, sin consideración á nada. Solo se emplea en el verbo llevar.
Abarroto, ra, adj. Que abarrota.
Abarroto, m. Acción y efecto de abarroto.
Abarroto, a. Asegurar con barrotes alguna cosa || Mar. Extremar la carga de un buque hasta el punto de no tener hueco disponible.
Abarroto, m. Fardo pequeño, objeto que sirve para abarroto.
Abarse, r. Quitarse del paso, dejarlo libre. No se emplea más que imperativo.
Abas, f. Tña || Epilepsia. En desuso, m., pl.

Abastantes, Signos mágicos empleados en lo antiguo como talismán.
Abastadamente, adv. m. ant. Abundantemente.
Abastamiento, m. ant. Abundancia, copiosidad.
Abastante, m. ant. Copioso, abundante, adecuado, propio.
Abastanza, f. ant. Abastamiento, ad. e. ant. Bastante.
Abastar, a. ant. Abastecer || n. ant. Bastar, ser suficiente, v. Abastecerse.
Abastardar, n. ant. Bastardear.
Abastecedor, ra, adj. Que abastece.
Abastecer, a. Proveer de víveres, armas ú otras cosas necesarias, || r. Proveerse de víveres ú otras cosas necesarias.
Abastecimiento, Acción y efecto de abastecer y abastecerse.
Abastimiento, m. ant. Abastecimiento.
Abastionar, a. Formar bastiones. || r. Fortificarse.
Abasto, m. Provisión de víveres para el consumo. || Entre bordadores piezas secundarias de la obra. || adv. c. Abundantemente. || fr. *Dar abasto*. Satisfacer las demandas que se hacen.
Abatanado, da, p. p. de *abatanar*, y adj || fig. Diestro, amaestrado, perito.
Abatanar, a. Golpear el paño en el batán.
Abate, m. Eclesiástico de órdenes menores vestido á la romana. || Para algunos escritores antiguos todo clérigo elegante y cortesano. || hom. pers. del verbo *abatir*.
Abatidamente, adv. m. Con abatimiento.
Abatido, da, p. p. de *abatir*. || adj. Despreciable. || *Heráldica*. El escudo que lleva sobre la pieza honorable otra de metal diferente.
Abatimiento, m. Acción y efecto de abatirse. || Postración, languidez, desaliento. || fig. Bajez, ruindad.
Abatir, a. Derribar. || fig. Hacer perder el ánimo ó las fuerzas. || Tumbiar lo que estaba vertical, como los palos de un barco. || Humillar. || r. Desviarse un barco hacia sotavento del rumbo que debía seguir. || r. Humillarse. || Descender, poner más bajo.

NUEVO DICCIONARIO POPULAR ENCICLOPÉDICO

DE LA

LENGUA CASTELLANA

A

AAB

A, primera letra del alfabeto castellano y primera vocal. En muchas partes del mundo, y generalmente en Europa, es igualmente la primera letra y vocal del alfabeto || San Juan, en el Apocalipsis, expresando la idea del principio, empleó la primera letra del alfabeto griego *A (alfa)*, poniendo en boca de Dios las palabras *Yo soy el alfa y la omega*, esto es, el principio y el fin || Primera letra dominical || Por último, es empleada como abreviatura en muchos casos (1).
A, prep., Indica generalmente dirección: *Voy á Roma*, etc.
Aa, geog., Corriente de agua, según denominación de origen céltico.
Aarón, bot., Arón (véase *aro*) || biog., Hermano mayor de Moisés, primer gran sacerdote de los judíos.
Aaronita, adj., Descendiente de Aarón y perteneciente á él. Por extensión, religiosos judaicos.
Ab, Unida la palabra, como en *abjuración*, *aberración*, etc., prep. Inseparable || prep. loc. da en algunas frases, como *ab el*, *ab el*, *ab el*, etc.
Aba, f., Traje oriental.

ABA

Abab, m., Marinero que en el imperio turco se empleaba en las galeras á falta de esclavos.
Ababa, f. (V. *ababol*) || geog., Nombre de una tribu del Brasil.
Ababangay, m., Arbol de Filipinas.
Ababil, m., Ave fabulosa mencionada en el Corán.
Ababol, m., Amapola.
Abacá, m., Planta textil, especie de banano de las Islas Filipinas || Tejido fabricado con dicha planta.
Abaceria, f., la tienda donde se venden comestibles de ordinario consumo || Tienda de comestibles.
Abacero, ra, m. y f., El é que vende comestibles ó abacería.
Abacial, adj., perteneciente á la abadía.

amo, y como picada en su amor propio, nos dijo á los tres:

—No tengan los señores cuidado alguno de que les haga daño nada; todo está hecho á conciencia, y especialmente el pavo que les he servido, con mucho esmero...

Acabar la vieja estas palabras, palidecer Ramírez y desplomarme yo sobre un sofá como herido por un rayo, todo fué obra de un momento.

—¡A ver, un médico en seguida, exclamé; me siento enfermo... D. Prudencio, un médico!...

Y D. Prudencio, con seráfica sonrisa, después de contemplarnos á los dos socarronamente, nos tendió ambas manos y nos dijo pausadamente:

—No apurarse, señores, no apurarse. No están ustedes envenenados, como creen, ni yo tampoco. El pavo que tragó la bola no es el que hemos comido. Estaba en el jaulón que ustedes vieron; dispuesto á dejarlo morir porque estaba enfermo; gracias por haberme ahorrado el matarlo, y gracias á esta casualidad y la de haber presenciado y oído la escena de anoche desde mi cuarto, no nos lamentamos de algo más.

—Pero—prosiguió D. Prudencio después de una breve pausa en que nosotros le contemplábamos absortos—tened presente siempre este consejo:

—No dañéis nunca á nadie, porque, como ahora, os podéis dañar á vosotros mismos.

LEOPOLDO GOTZENS.

BIOGRAFÍAS

JESÚS RODRÍGUEZ CAO

Este prodigio de fecundidad, que á los dos años sabía leer; á los cuatro hacía notables versos, dibujos y retratos; á los ocho representaba como un buen actor, y á los 11 escribió su primera comedia *El orgullo castigado*, nació en Madrid el 30 de Enero de 1853.

En el colegio hizo los periódicos: *Las Avispas*, *El Dios Momo*, *El Way-Pay* y *La Semana Pintoresca*, que él solo dibujaba y escribía.

Entre sus obras, que forman cuatro volúmenes, se cuentan cinco novelas, un drama en tres actos, leyendas y gran número de poesías.

La publicación de sus poemas *Don Juan de Austria* y *El Dos de Mayo*, en 1866, le valió un artículo encomiástico del conde de Latour en *La Revue Britannique*, y entre los muchos poetas y críticos que celebraron al niño escritor, recordamos á Campoamor, Rada y Delgado, Hartzenbusch, Ruiz Aguilera y Cañete.

Falleció de un ataque cerebral á la edad de 15 años y cuatro meses en 1868.

ADOLFO POLUE.

SECCIÓN BIBLIOGRÁFICA ⁽¹⁾

Programa de Rudimentos de Derecho.

Como debido al nuevo plan de estudios se ha establecido en el Instituto del Cardenal Cisneros la cátedra de Rudimentos de Derecho, el joven y docto profesor de la asignatura, D. Ricardo Bartolomé y Mas, ha publicado el programa, demostrando su dominio en las cuestiones jurídicas y su amor á la enseñanza, pues ha sabido exponerlo con claridad para la fácil comprensión del alumno que cursa el bachillerato.

El autor, después de la lección de Introducción, divide el programa en dos partes: en la primera, que trata de los Rudimentos de Derecho, subdivide las 96 lecciones que la constituyen en generalidades, Derecho político, id. fiscal, id. administrativo, id. civil, id. mercantil, id. de procedimientos, id. internacional público, id. id. privado, id. id. económico, y las cuatro últimas lecciones, que forman la segunda parte, las dedica á nociones de Legislación notarial y publicaciones legislativas.

Consideramos dicho trabajo como digna justificación del buen nombre que el Sr. Bartolomé conquistó en la Escuela de Comercio de Málaga.—L. F.

El último estreno.

ESPAÑOL

«Caridad».—Comedia en tres actos y en prosa, original de D. Miguel Echegaray.

Salvando todos los respetos que su autor merece, no puedo menos de confesar que la última obra de D. Miguel Echegaray es una equivocación lamentable.

Muéstrase en ella, no solo desprovisto de aquella picardía escénica de que tan gallardas pruebas tiene dadas, sino aun del conocimiento de los más elementales principios de lógica que presiden el desarrollo de los hechos humanos.

Sería notoria injusticia negar que el primer acto de *Caridad* está solidamente pensado y hermosamente escrito; pero por lo mismo que prepara el ánimo á grandes cosas, es más irritante la decepción que producen los dos últimos.

Nada de lo que en ellos pasa es verosímil; y el menos conocedor de las exigencias del trato social, entre personas de determinada clase, advierte que en ciertas escenas, como en la extraña visita nocturna que los dos vividores que pretenden á Caridad hacen á la casa de ésta en el segundo acto, y en el desafío del tercero, el autor obliga á los personajes á proceder, faltando, no solo á los dictados de la lógica, sino hasta á las más rudimentarias conveniencias sociales.

Aparte de esto, muéstrase el Sr. Echegaray total-

(1) En esta sección daremos cuenta de todas las obras que se nos remitan dos ejemplares.

mente desorientado en el desarrollo de la obra; apunta una idea en realidad hermosa, y en lugar de llevarla hasta el fin, detiénese en mitad del camino, acobardado de su propio atrevimiento.

Como consecuencia natural de ello, hállase la comedia falta del ambiente necesario, y por esta causa, al llegar sus momentos culminantes, el público no se identifica, no puede identificarse con lo que en ella sucede.

Es más, ni aun el título se encuentra justificado. ¿Por qué *Caridad*? Mayores derechos tiene Petrilla, la pobre niña abandonada á que lleve su nombre. Al fin y al cabo, ella es la verdadera protagonista, una vez que realiza en silencio un sacrificio que ninguno de los otros personajes sería capaz de hacer.

A pesar de todo esto, hay en *Caridad* cosas de verdadero mérito. El primer acto, vulgarísimo en sí, está presentado con novedad sorprendente, y termina con una pincelada conmovedora y brillantísima, que fué aplaudida con entusiasmo.

El segundo y tercero tienen escenas que, sueltas, nada podrían exigirselas en cuanto á gracia é ingenio; y en conjunto la obra toda está escrita en una prosa correcta y fácil, que es más de apreciar en quien constantemente escribe en verso.

Además, los caracteres de Petrilla, Caridad y Don Justo, se hallan dibujados con vigor extraordinario desde su aparición y sostenidos con verdadera firmeza en toda la obra, sin que en sus trazos se revele un momento de vacilación ó de duda.

Los actores, muy bien. La Sra. Guerrero, mejor aún que de costumbre, pues su papel, un tanto varonil, brusco y vehemente, se aviene de un modo perfecto á sus facultades.

No á título de censura, sino de leal apercibimiento, advierto á la notable artista que en algunos instantes deslucen su trabajo con el hábito de repetir demasiado frecuentemente cierto sonido gutural, que escrito pudiera traducirse por «jim» «jim». No es anoche la única que lo he notado.

Muy justa en su papel la Sra. Martínez, y acertadísima en el suyo la Sra. Cancio.

El Sr. Díaz de Mendoza, irreproachable. Por primera vez hizo, ó al menos le vi yo hacer, un característico, y no es posible encarnar un tipo con mayor naturalidad y más grande suma de todo género de detalles. Su labor fué la de un insigne artista.

Los demás, acertados; y crean ustedes que dada la índole de la obra no es poco.

JOSÉ RUÍZ-CONEJO.

PENSAMIENTOS NOTABLES

Un niño sin inocencia, es una flor sin perfume.—*Chateaubriand*.

—El dinero es un artículo que puede usarse como pasaporte universal para ir á todas partes, menos al

cielo, y como proveedor de todas las cosas, excepto de la felicidad.—*Baggs*.

—Es más fácil ser bueno para todo el mundo que para uno solo.—*Dumas*.

—Palabras sin esperanzas de provecho, no salgan jamás de vuestra boca.—*San Francisco de Sales*.

—Un libro puede ser agradable con muchas imperfecciones y enojosísimo sin un solo defecto.—*Goldsmith*.

—Al salir de casa, piensa lo que vas á hacer; y al volver á ella, piensa lo que has hecho; y júzgate á ti mismo.—*Cleobulo*.

—La honra púedela tener el pobre, pero no el vicioso; la pobreza puede anublar á la nobleza, pero no obscurecerla del todo.—*Cervantes*.

ESTAFETA

Fuencalderas.—D. P. A.—Abonado hasta 15 de Enero de 1904.

Palencia.—D. A. O.—Recibidas 6 pesetas por suscripción del Sr. Arroyo. Mil gracias, y mande como guste.

Vitoria.—D. I. A.—Suscripto, y abonado 15 Abril.

Vich.—D. L. C. B.—Idem id.

Bellver.—D. I. F. T.—Se intenta el cobro de los cargos en su cuerpo y en el de la G. C. Se conseguirá probablemente.

Valencia.—D. F. G. S.—Sí señor; está exento de pago, puesto que manda 8.

Burgos.—D. D. A.—Abonadas 30 pesetas 20 céntos.

Peñas de San Pedro.—D. J. N.—Recibida libranza de 20 pesetas.

Jerte.—D. J. B.—Se recibió abono de año.

Villafranca de los Barros.—D. G. B.—Idem id.

Lérida.—D. J. R. M.—Abonado fin Marzo.

Albelda.—D. F. L. A.—Idem 15 Enero 1904. Gracias mil por sus ofrecimientos.

Lérida.—D. F. Q.—Recibidas 3 pesetas.

Zaragoza.—D. S. P.—Conformes con sus dos cartas.

Palencia.—D. S. S. G.—Se gestiona el cobro de cargos á usted.

Manresa.—D. M. L. L.—Recibidas 3 pesetas.

Santiago.—D. J. M.—En libranza del Giro.

Rogamos á nuestros abonados que no nos manden sellos habiendo Giro en la localidad. Donde no haya otro medio, se agradecerá que los sellos sean móviles ó de 10 y 15 céntimos.

LA BIBLIOTECA

EN VIZCAYA

EN LA ACADEMIA COMERCIAL INGLESA

(THE ENGLISH COMMERCIAL ACADEMY)

que dirige

D. RAIMUNDO M. ORRA

Desierto — Baracaldo — Portugalete — Bilbao

tiene una digna representación LA BIBLIOTECA.

La zona fabril y minera de la provincia de Vizcaya puede solicitar de dicho Centro cuanto tenga relación con nuestra publicación.

General Castaños, 16, Portugalete.

Calle del Carmen, Desierto-Baracaldo.

MADRID.—IMP. DE FORTANET, LIBERTAD, 29

ABAL

— 6 —

ABALL

Abactor, m. Ladrón de caballerías.

Abad, m. el jefe de una abadía || El superior de una colegiata || El beneficiado ó cura elegido temporalmente para presidir un cabildo || En Galicia y otras provincias el párroco || ref. *Abad*, *avariento*, por un *badigo* *pie* de ciento.

Abada, f. Hembra del rinoceronte.

Abadejo, m. Pájaro de vistosos colores. || Pez de la familia de los gadoides. || Por otro nombre *bacalao*.

Abadengo, adj. Perteneciente á la dignidad, señorío ó territorio del abad.

Abadernar, a. Sujetar con badernas.

Abadesa, f. Superiora de un monasterio de religiosas.

Abadia, f. Monasterio ó iglesia donde viven los religiosos ó religiosas, bajo la autoridad de una misma regla ejercida por el abad ó la abadesa || Jurisdicción del mismo || Casa del cura en algunas provincias.

Abadiado, m. ant. Abadía.

Abadiato, m. Dignidad de abad.

Abadita, adj. Miembro de una secta mahometana.

Abaditas, s. com. pl. Nombre de una dinastía árabe.

Abajadero, s. m. Terreno en declive, cuesta.

Abajamiento, m. ant. Acto de bajarse, humillación.

Abajar, a. y n. ant. Bajar.

Abajeño, ña, adj. Término americano || El erigio de las costas del Norte en las Repúblicas de América del Pacífico.

Abajero, ña, adj. Igual, abajeño.

Abajo, s. m. El lugar ó parte inferior de una cosa || Se dice también como preposición, calle abajo, etc. ||

Abajón, m. ant. Abajo, primera parte de una cosa.

Aballar, a. ant. Bajar, batir, rebajar, conducir con dificultad.

Aballar, a. ant. Bajar, batir, rebajar, conducir con dificultad.

Aballar, a. ant. Bajar, batir, rebajar, conducir con dificultad.

Aballar, a. ant. Bajar, batir, rebajar, conducir con dificultad.

Aballar, a. ant. Bajar, batir, rebajar, conducir con dificultad.

Aballar, a. ant. Bajar, batir, rebajar, conducir con dificultad.

to || r. Lanzarse con impetu contra ó hacia una persona ó cosa.

Abalar, a. ant. Agitar, tremolar, ondear.

Abalaustrado, a. p. p. de abalastrar lo que tiene balaustres || adj. v. Balastrado.

Abaldonadamente, adv. ant. Cubierto de baldón.

Abaldonado, da, p. p. Abaldonar.

Abaldonar, a. ant. Llenar de baldón, envilecer, hacer una afrenta que lleva aparejada el desprecio público.

Abaleable, Lo susceptible de abalearse.

Abaleado, da, p. p. De abalear.

Abaleador, ra, s. El que abalea.

Abalear, a. Limpiar los cereales al aventarlos, separando la paja gruesa y los granzones del resto del grano.

Abaleo, La acción de abalear.

Abales, m. pl. Tribus indias.

Abalienación, f. Derecho romano || Enajenación, venta (Cicerón) || Entre los romanos enajenación de los bienes que poseían en Italia.

Abalienar, a. ant. Enajenar, vender.

Abalizado, p. p. De abalizar.

Abalizar, a. Poner balizas en el mar para denotar á los navegantes cualquier peligro, ó marcarles la ruta.

Abalon, a. m. Planta americana que se usa como purgante.

Abalorio, m. Adorno compuesto de cuentas de vidrio ó cristal, en cuyo centro hay un orificio que permite unirlos por medio de hilos.

Abalsamar, a. Dar á un líquido la densidad del bálsamo.

Abalúo, m. Estimación del valor de una cosa, ó servicio.

Aballado, da, p. p. De aballar.

Aballar, a. ant. Bajar, batir, rebajar, conducir con dificultad.

Aballar, a. ant. Bajar, batir, rebajar, conducir con dificultad.

Aballar, a. ant. Bajar, batir, rebajar, conducir con dificultad.

Aballar, a. ant. Bajar, batir, rebajar, conducir con dificultad.

Aballar, a. ant. Bajar, batir, rebajar, conducir con dificultad.

Aballar, a. ant. Bajar, batir, rebajar, conducir con dificultad.

Aballar, a. ant. Bajar, batir, rebajar, conducir con dificultad.

ABAN

— 7 —

ABAR

Abama, Bot. Género de plantas de la familia de las liliáceas.

Abameas, m. pl. Bot., Reunión de plantas de la familia de las liliáceas, cuyo tipo es el género abama.

Abamea, meo, adj. Semejante á una abama.

Abán, m. Los macedonios dan este nombre al genio protector de las minas de hierro y al mes de Octubre || Octavo mes del año persa de Yezdedjird || También dan este nombre al décimo día del mes solar || Angel de las artes liberales y mecánicas. (Roque Barcia.)

Abanación, m. Pena de destierro cuya duración era un año, impuesta á los reos de homicidio, en cuya comisión concurrían ciertas circunstancias que le eximían de mayor castigo.

Abanador, m., ant. Abanico.

Abanar, a. ant. Abanicar || Dar forma de abanico.

Abancalar, a. Formar bancaes.

Abandalizar, a. ant. Abanderar.

Abanderado, m. Encargado de la bandera.

Abanderamiento, m. Acción y efecto de abanderar y abanderarse.

Abanderar, a. Poner un barco al amparo de un pabellón. Proveerle de los documentos que le son necesarios. Se usa también como r.

Abandería, f. ant. Bandera.

Abanderizador, a. adj. y s. El que abanderiza.

Abanderizar, a. Afiliar gente á determinadas banderas, formar bandos || Dividirse en partidos.

Abandonado, da, p. p. De abandonar || adj. El que no atiende á sus obligaciones || Descuidado en su modo de vestir. Desaseado.

Abandonamiento, m. Abandono.

Abandonar, a. Dejar, desamparar una persona ó cosa || Renunciar á una idea ó objeto. || r. Dejarse vencer por las pasiones || Entregarse al pesimismo || No cuidar su persona y bienes.

Abandono, Acción y efecto de abandonar y abandonarse || gal., Constituye un galicismo emplear la palabra abandono por confianza, ó por sencillez é ingenuidad en la frase ó en los actos.

Abanicar, a. Agitar el aire con el abanico.

Abanicazo, m., Golpe dado con un abanico.

Abanico, Objeto hecho expresamente para hacerse aire. || f., espada || fig. y fam. *Sable*. || Mar. cabria para levantar pesos considerables.

Abaniello, m. ant. Cuello de lienzo alechugado.

Abanino, m. ant. Trozo de gasa con que las mujeres cubrían el descote del jubón.

Abaniqueo, m. Acción de abanicarse mucho ó precipitadamente.

Abaniquería, f. Tienda y fábrica de abanicos.

Abaniquero, ra, m. y f. El ó la que fabrica abanicos ó los vende.

Abano, m. Abanico || Primera acep. aparato en forma de abanico que se cuelga del techo.

Abanto, m. Variedad del buitre.

Abanto, adj. V. Toro abanto.

Abaratar, act. Disminuir el precio de las cosas, ponerlas baratas || Ponerse las cosas baratas.

Abarbetar, a. Sujetar con barbetas || fig. afianzarse, agarrarse para no caer.

Abarca, f. Calzado primitivo de cuero sin adobar || Núm. *abarca* pers. s. de abarcar.

Abarcado, da, p. p. De abarcar || Comprendido dentro de ciertos límites || El que va calzado con abarcas.

Abarcador, ra, adj. Que abarca.

Abarcadura, f. Acción y efecto de abarcar.

Abarcamiento, m. *Abarcadura*.

Abarcar, a. Ceñir cuanto se puede con los brazos y las manos || fig. Extender la acción de la inteligencia á muchos asuntos || Figurado, acometer varias empresas al mismo tiempo || *Quien mucho abarca, poco aprieta*, ref. que denota la imposibilidad de dedicarse con eficacia á varias cosas á la vez.

Abarcía, f. Med. Hambre canina.

Abarcón, m. Aro de hierro para afianzar la lanza del coche en la tijera.

Abarematemo, Arbol de las cordilleras brasileñas.

Abarloar, a. Anclar un barco al lado de otro junto á un muelle, batería, etc. n. situarse un barco como queda dicho.

Abarqueria, f. Fábrica ó almacén de abarcas.



mo unas descripciones separadas, en las que todos los esfuerzos humanos han hecho para producir los objetos que la componen, haciendo ver en estas descripciones el estado de cada ciencia, su origen, su aumento y grado de perfección. En la composición de mi obra he procurado apartarme de las sendas erradas en que se han perdido muchos sabios, y si su extravío puede servirme alguna vez para aclarar más alguna verdad, les hago entrar en el camino que han seguido aquellos que verdaderamente contribuyeron á los progresos de la ciencia de que trato. De esta suerte conservo la unidad sin romper el hilo de los descubrimientos. El lector los ve casi de una ojeada, y puede retenerlos todos fácilmente y formar juicio de ellos. Este es acaso el espectáculo más hermoso que puede proponerse á un entendimiento filosófico. En efecto; ¿qué cosa puede haber más agradable que una cadena de verdades infalibles y eternas? ¿Qué mayor satisfacción que recorrer esta cadena, que desde las proposiciones más simples guía á las más sublimes? Se puede decir que ésta es aquella verdadera escala del entendimiento que deseaba el Cancellor Bacon para ascender por grados á la cumbre de las ciencias.

A más de esto, creo que el método de seguir históricamente las ciencias desde su origen hasta el punto de perfección en que las han puesto los hombres de ingenio con sus estudios, es uno de los medios más

han adquirido reputación en el estudio de las ciencias exactas no se hallen en esta historia, por ende mi intento solo ha sido tratar de los inventores y de sus descubrimientos; y si alguna vez el asunto ó la ocasión me obligan á hablar de los otros, me contento con alabar sus esfuerzos; y á esto está reducido todo el plan de esta obra.

visitos á todas partes, pasaremos adelante con nuestro amigo ó sombra. Atravesando el pórtico, sobre cuyo pavimento leemos con gusto, embutido en mosaico, el afectuoso *Salve ó Seas bien venido*, nos encontramos ya en el *atrium* ó primer patio de la casa, rodeado por una galería de columnas (1).

En el centro del pavimento, de mármol, brota sustruyendo suavemente un chorro de agua pura, conduciéndose de las colinas Tusculanas por el acueducto de Claudio; y elevándose y bajando alternativamente, cae en una ancha taza de mármol rojo, sobre cuyos cantos rebosa en atelpadas ondas, y antes de llegar al más ancho receptáculo inferior salpica con una menuda lluvia las exóticas y matizadas flores que crecen en elegantes vasos colocados en derredor. Debajo del pórtico vemos varios muebles, simétricamente distribuidos, ricos unos y otros raros; lechos embutidos de marfil y aun plata, mesas de maderas orientales que sostienen candelabros, lámparas y otros utensilios caseros de bronce ó plata. Cubren las paredes pinturas evidentemente de un período anterior, pero que todavía ostentan la frescura del colorido y la maestría de la composición; sepáranlas unas de otras nichos con estatuas que, como los cuadros, representan asuntos mitológicos ó históricos; pero observamos que en nin-

(1) El patio de Pompeyo en el palacio de Londres ha familiarizado á algunos de nuestros lectores con la estructura de una casa romana.

guno tropieza la vista con objeto que ofenda lo más mínimo á la decencia; y como de trecho en trecho se nota un nicho vacío ó una pintura cubierta, es imposible dejar de reconocer que no es casual esta circunstancia.

Sobre las columnas exteriores de la galería, el techo en arco tiene en el centro una abertura cuadrada, denominada el *impluvium*, encima de la cual se extiende una cortina ó toldo de lienzo obscuro para impedir el paso á la lluvia y á los rayos del sol. De ahí es que solo hemos podido entrever á través de un crepusculo artificial cuanto hemos descrito, pero eso mismo hace resaltar lo que más adentro se encuentra. De la parte allá de un arco, enfrente del que hemos atravesado al entrar, se divisa un patio interior muy precioso, enlosado con mármoles de diversos matices y hermosoado con molduras doradas. Como el toldo de la claraboya del techo, que aquí está cerrada con un vidrio especial (*lapis specularis*), se halla en este momento entreabierto, penetra un rayo claro, pero miligado, de sol poniente, y nos muestra ahora que no nos encontramos dentro de un palacio encantado, sino en una casa habitada.

De la parte afuera de las columnas de mármol frigio, y al lado de una mesa, aparece sentada una matrona que aún no ha doblado el meridiano de la vida. Surcan su frente noble, pero serena, las huellas de pesares de otra época; pero una influencia poderosa ha amortiguado el recuerdo de ellos, ó lo ha identificado

Pero el tío *Barrabás* continuó en el oficio, mas con

Lo encontraron, sin embargo, en otras varias ocasiones, hasta que por fin tuvieron que quitarle la letra y denunciarlo, pues aunque ellos no eran malos, y más bien tenían lástima del pobre hombre, debían cumplir con su deber.

Y á nosotros ¿qué nos cuenta usted, querido?

Ahora es esa la ley y es preciso respetarla, conque por esta vez pase, pero en lo sucesivo, cuidese de no tropezarse con nosotros.

Pero si hace treinta años que corto leña y nadie me ha dicho todavía que he de dejarlo y morir de hambre.

Y eso ¿qué significa?

Que debe usted pagar la multa ó ir á la cárcel.

Al tío Quico se le quitaron las ganas de reír y azorado repuso:

—Pero si hace treinta años que corto leña y nadie me ha dicho todavía que he de dejarlo y morir de hambre.

—Pues bien, falta usted á las ordenanzas forestales.

—No tengo ni zapatos!

—Pues bien, falta usted á las ordenanzas forestales

sopnund despus de sus de uno de ne ne el boscos? Se echó á reír, y mostrando uno de sus pies, exclamó:

ese velo de delante. Viendo, pues, que siempre es nuevo el riesgo, y el favor no, quiero á mi deberme yo lo que á vuestra luz no debo; y así seguros me atrevo, que hoy he de veros, ó ver quién sois.

Hoy no puede ser,

Y así dejadme por hoy, que yo mi palabra os doy de que muy presto saber podáis mi casa, y entrar y verme en ella.

Y á ella, doncella de esa doncella (la verdad en su lugar, que yo no quiero inflamar mi alma), ¿hay cosa que la obligue á taparse?

Y me sigue,

tengo por muy cierto...

¿Qué?

Que me persigue, porque quien me sigue, me persigue.

Ya se el caso, ¡vive Dios!

¿Qué va que no le declaras?

Muy malísimas caras

deñéis de tener las dos.

Mucho mejores que vos.

Y está bien encarecido,

porque yo soy un Cupido.

Cupido somos yo y tú.

¿Cómo?

Yo el pido, y tú el cu.

No me está bien el partido.

me importa.

—Ciertamente; pero, á propósito, ¿no desconfiarán viéndome tan desarrapado? Porque ya lo demás no

En caso de apuro, se puede decir que te lo encontraste... y aquí estoy yo, me parece. Vamos hombre, no seas bestia y repara en que no llevas un borde sano en tus vestidos.

—Entonces, ¿por qué no has de cambiar el papel?

Y entonces, ¿por qué no has de cambiar el papel?

—Pero ¿cómo?

—Anda á paseo, eres un estúpido; ¿cómo?

—Pero ¿cómo?

—Anda á paseo, eres un estúpido; ¿cómo?

—Pero ¿cómo?

—Pero ¿cómo?

Marc. (A Lisardo.) Esto os vuelvo á asegurar otra vez. Lis. Pues ¿qué fianza le dejáis á mi esperanza de las dos que he de lograr? Marc. (Desentendiéndose.) La de dejarme mirar. Lis. Usar de esa alevosía, para turbar mi osadía ha sido traición, pues yo viéndolos, cómo os dejara quien sin veros os seguía? Quedad, pues, de mi seguro que en breve tiempo sabréis mi casa, y entenderéis cuánto serviros procuro.

Esto otra vez aseguro.

Ya en seguros soy ¿eh?

Y yo sin algún revelo (diciendo que agradecida es por esta calle me voy).

Id con Dios.

Guárdese.

Guárdese.

Guárdese.

Guárdese.

Guárdese.

Guárdese.

Guárdese.

Guárdese.

Guárdese.